

de la divisa de Jean Monnet, tan citada como quizás mal interpretada : “*No coaligamos Estados, unimos hombres*”?

Hombres (personas, seres humanos), ésta es la palabra clave. Por encima y como horizonte de los planteamientos económicos, sociales y políticos del “monnetismo” que tiene secuestrada a Europa. Volver a la raíz cristiana (la esencia, no el nombre reivindicativo) del proyecto de Jean Monnet, si queremos seguir considerándolo como uno de los políticos cristianos más representativos del siglo XX.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**-Víctor Hugo:** L’avenir (París, 1867)

[http://www.oasisfle.com/culture\\_oasisfle/etats\\_unis\\_d\\_europe.htm](http://www.oasisfle.com/culture_oasisfle/etats_unis_d_europe.htm)

**-Paul Valéry:** La crise de l’esprit (París, 1919)

[http://classiques.uqac.ca/classiques/Valery\\_paul/crise\\_de\\_lesprit/valery\\_esprit.doc](http://classiques.uqac.ca/classiques/Valery_paul/crise_de_lesprit/valery_esprit.doc)

**-Charles de Gaulle:** Mémoires de Guerre (París, 1954, 1956, 1959)

<http://www.charles-de-gaulle.org/pages/l-homme/accueil/oeuvres/memoires-de-guerre.php>

**-Jean Monnet:** Memorias (1985)

<http://www.apeuropeos.org/jean-monnet-memorias/>

**-Fondation Jean Monnet:** Bâtir l’Europe (1986)

[http://www.jean-monnet.ch/site/jean\\_monnet/2/1888-1914](http://www.jean-monnet.ch/site/jean_monnet/2/1888-1914)

**-André Kaspi:** “Jean Monnet”, en *Politique étrangère*, nº 1 (1986)

[http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/polit\\_0032-342x\\_1986\\_num\\_51\\_1\\_3551](http://www.persee.fr/web/revues/home/prescript/article/polit_0032-342x_1986_num_51_1_3551)

**-Edgar Morin:** Penser l’Europe (París, 1987)

[http://00h00.giantchair.com/html/ExtraitsPDF/27454100935990\\_1.PDF](http://00h00.giantchair.com/html/ExtraitsPDF/27454100935990_1.PDF)

**-Eric Branca:** “De Gaulle-Monnet: le duel du siècle”, en *Espoir* (1989)

<http://www.comite-valmy.org/spip.php?article351>

**-Stephen Bunard:** Faut-il faire référence aux racines chrétiennes d’Europe? (2004)

<http://www.europeplusnet.com/article128.html>

**-Ignacio García-Valdecasas:** El rechazo al proyecto de Constitución Europea: un análisis retrospectivo (Real Instituto Elcano, 2005)

<http://www.realinstitutoelcano.org/analisis/876/Garciavaldecasas876.pdf>

**-Miguel Martínez Cuadrado:** “L’Europe refait son histoire: 1948-2009. Soixante ans de construction européenne commune” (Bruselas, 2009)

[http://ec.europa.eu/education/jean-monnet/doc/conf09/cuadadro\\_fr.pdf](http://ec.europa.eu/education/jean-monnet/doc/conf09/cuadadro_fr.pdf)



# Simone Weil y la atención

Rev. Aragon. Teol. 37 (2013)

M<sup>a</sup> Carmen Herrando Gugota

***La corriente idólatra del totalitarismo sólo halla obstáculos en una vida espiritual auténtica***

***S. Weil, L'Enracinement***

Simone Weil es uno de esos personajes que atraen. Pero es mucho más que un ser anecdótico que se pone de moda durante una temporada y al que luego se deja caer silenciosamente en el cajón de los olvidados. Su pensamiento es de un rigor y de una solidez que asombran, y encierra un mensaje claro, directo y comprometedor; sobre todo, comprometedor, y muy especialmente para los cristianos. A pesar de que no llegó a figurar entre los bautizados, Simone Weil supo captar –ella reconoce que como don de la gracia– lo más entrañado del mensaje cristiano. Y un ejemplo son los consejos sobre los estudios escolares, que se esbozarán después. Pero hay muchos más. Y entrar en el estudio de esta autora es adentrarse en una gran aventura de los adentros.

Simone Weil nace en París el 3 de febrero de 1909. De padres librepensadores de origen judío, sería educada en un agnosticismo sin tapujos, con la sola referencia religiosa familiar de su abuela paterna, que no dejaría de ser algo anecdótico en la familia. Tenía un único hermano tres años mayor, André, que llegaría a ser un matemático célebre, y cuya inteligencia deslumbró desde muy temprano. Simone y André estaban muy unidos, y él influyó mucho en el crecimiento interior de su hermana pequeña. Los Weil constituían una familia afectuosa y abierta, admiradora de la cultura, y donde se trataba de vivir valores humanos como la honradez, la sinceridad o la nobleza de corazón.

La irrupción de la *Gran guerra* movilizó al doctor Weil, trastornando así muchos de los planes familiares; los niños conocieron temporadas largas en las que, en lugar de asistir a la escuela, recibían clases particulares. Esto último, acompañado de una salud precaria, favoreció cierto aislamiento en Simone, y propició que tuviera a su hermano como modelo y referente; André, por ejemplo, fue quien enseñó a leer a su hermana, y así se iría tejiendo entre ellos una gran complicidad, con resultados tan curiosos como la invención de una jerga propia, plagada de alusiones literarias, buena muestra de la agudeza de la inteligencia de los dos hermanos.

Simone ingresó en el Liceo Fénelon en 1919, con dos años menos que el resto de sus compañeras. El interés que desde muy niña sentía por las personas más

desfavorecidas la llevó a fundar una asociación con fines caritativos: «los caballeros de la mesa redonda». Ya leía entonces a Lamartine o los *Pensamientos* de Pascal. André ingresó en la Escuela Normal Superior con sólo dieciséis años, con una dispensa especial. Esta precocidad de su hermano fue uno de los desencadenantes de una crisis personal en Simone, que habría de ser decisiva en su vida, una «crisis de desesperanza, sin fondo», como ella la califica. Es la *verdad*—y no desacerteríamos al escribir la palabra con mayúsculas— la que está en el fondo de su desespero: «No lamentaba los éxitos externos —escribía en 1942—, sino el no poder abrigar esperanzas de acceso a ese reino trascendente, reservado a los hombres auténticamente grandes, en el que habita la verdad. Prefería morir a vivir sin ella. Tras meses de tinieblas interiores, tuve de repente y para siempre la certeza de que cualquier ser humano, aun cuando sus facultades naturales fuesen casi nulas, podía entrar en ese reino de verdad reservado al genio, a condición tan sólo de desear la verdad y hacer un continuo esfuerzo de atención por alcanzarla»<sup>1</sup>.

La admiración por André y aquella crisis de sentido despertaron en Simone una fuerte sed íntima de verdad. Pero en ese ansiar la verdad *con toda el alma*<sup>2</sup>, en medio de tinieblas que la cegaban, una convicción profunda haría que despertase y se relanzase su espíritu adolescente: la certeza de que si uno hace un esfuerzo continuo de atención, llega a entrar en el reino de la verdad. Esta convicción cambió radicalmente su vida.

En 1925, Simone Weil aprobaba el bachillerato de Filosofía, y durante los tres años posteriores sería alumna de Alain, que es como era conocido el filósofo Émile Chartier. Alain era un pensador lleno de fe en el hombre y en el espíritu humano, que estaba convencido de que la persona se va conquistando poco a poco a sí misma gracias a su dimensión espiritual; no cabe duda de que dejó una gran impronta en su destacada alumna. Simone Weil, por su parte, solía discutir con sus compañeros sobre religión y política, pero ella misma expresará que por entonces dejaba de lado el tema de Dios: «En la adolescencia pensaba que carecíamos de los datos necesarios para resolver el problema de Dios y que la única forma segura de no resolverlo mal, lo que me parecía el peor de los males, era no plantearlo. Así que no me lo planteaba. No afirmaba ni negaba»<sup>3</sup>. Pronto empezó a colaborar con la revista *Libres propos*, fundada por Alain. Su compromiso social, por otra parte, era ya notable, tanto por su participación en una suerte de universidad popular para ferroviarios, en la que implicó a su hermano, como por su militancia en la Liga de Derechos Humanos, donde logró inscribir a sus padres.

<sup>1</sup> Simone WEIL, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1993, pp. 38-39.

<sup>2</sup> Esta expresión, tomada de Platón (*República*, 518 c) será capital en la vida y en el pensamiento de la filósofa.

<sup>3</sup> S. WEIL, *A la espera de Dios*, p. 38.

En otoño de 1928 ingresó en la Escuela Normal, donde se preparó para enseñar Filosofía, aunque sin dejar del todo los cursos de Alain. Llegó a tener serios problemas con la administración de la Escuela, debido a su militancia a favor de los desfavorecidos y a su pacifismo. Esta preocupación por la suerte de los más pobres y su inquietud por conocer distintas realidades sociales la llevaría a trabajar durante los veranos en tareas agrícolas, y hasta a conocer la vida de los pescadores. En el verano de 1931, estando de vacaciones con su familia en la región de *La Manche*, fue admitida para salir con un grupo de pescadores; se hacía a la mar con ellos, hasta cuando trabajaban de noche. Y cuando el mal tiempo les impedía faenar, ella les enseñaba francés o aritmética. Marcel Lecarpentier, el patrón de barco que la aceptó a bordo, escribirá estas palabras de recuerdo, años después: «Quería conocer nuestra miseria, quería emancipar al obrero... Una noche pasé miedo. En plena tempestad, ella no se quiso amarrar, y decía: "Marcel, siempre he cumplido con mi deber y estoy preparada para morir..." Simone vigilaba el trabajo con cuentagotas, controlaba el precio del pescado, calculaba los lotes... Temía que yo pudiera explotar a los otros, y siempre me advertía de tal peligro»<sup>4</sup>.

Tras obtener la *Agrégation* —equivalente a una cátedra de instituto—, Simone Weil comenzó a trabajar en el instituto de *Le Puy*, una ciudad pequeña situada en una región minera. Empezaría entonces una actividad sindical casi prodigiosa, tanto por su apoyo a la causa de los mineros como por el servicio que les prestó, enseñándoles y ayudándoles en sus reivindicaciones. Daba buena parte de su sueldo a la caja común de los parados, y se desvivía para desplazarse entre Le Puy y Saint-Etienne, donde tenían lugar la mayor parte de estas actividades. Naturalmente, el desconcierto, y hasta el escándalo, que provocó entre las familias de sus alumnas, fue sensacional. Pero cuando la administración trató de cambiarla de ciudad, las alumnas la reclamaron. Su coherencia de vida se dejaba notar con fuerza. Convencida de la necesidad de tal compañerismo, Simone Weil se entregó en cuerpo y alma a la causa de los más pobres, sin reparar lo más mínimo en convenciones sociales o en el «qué dirán». Sufría, además, terribles dolores de cabeza, que no dejaba que le impidieran llevar a cabo todas aquellas tareas entre los más desfavorecidos. Así fue introduciéndose en el mundo sindical, en el que creía verdaderamente, tanto como casi imposible le resultaba creer en el de la política... Sindicalista sí, pero lo político era otro cantar. Llama la atención su lucidez frente a la realidad del comunismo, que nunca le atrajo. Es más, llegó a prever el desastre que el mundo entero ha podido comprobar después, mientras los intelectuales de su tiempo —y los más de los que habrían de venir— quedaban como hechizados por una ideología que ella siempre percibió como caduca y totalitaria.

Mujer de realidades, Simone Weil quiso comprobar por ella misma lo que a principios de los años treinta sucedía en Alemania, donde pasó el verano de 1932. Este

<sup>4</sup> Gabriella FIORI, *Simone Weil. Une femme absolue*, éditions du Félin, París, 1993, p. 195.

viaje se tradujo en ayudas puntuales a refugiados alemanes, a muchos de los cuales alojaron los Weil en su propia casa, así como en el apoyo a algunos comunistas que se oponían a las directrices que tomaba el Partido ante la situación que se preparaba en Alemania. Por aquellos años, Boris Souvarine, disidente del Partido Comunista Francés, escribía que Simone Weil era «el único cerebro que ha tenido el movimiento obrero en muchos años». El mismo Trotsky fue huésped de los Weil la noche de fin de año de 1933; tras pasar horas discutiendo con Simone, se refirió a los «prejuicios pequeño-burgueses de lo más reaccionario» de su anfitriona.

Simone Weil continuaría trabajando como profesora hasta finales de 1934. En este mismo año escribirá estas letras a su amiga y biógrafa Simone Pétrement: «He decidido retirarme por entero de todo tipo de política, salvo para la investigación teórica. Lo que para mí no excluye la eventual participación en un gran movimiento espontáneo de masas (como soldado raso), pero no quiero ninguna responsabilidad, por pequeña que sea, o incluso indirecta, porque estoy segura de que toda la sangre se verterá en vano, y de que estamos derrotados por adelantado»<sup>5</sup>. Y a este ejercicio teórico dedicará uno de sus trabajos más importantes: las *Reflexiones sobre las causas de la libertad y la opresión social*<sup>6</sup>, que siempre consideró su gran obra, aunque no llegó a publicarla en vida. En este texto, de una lucidez y una riqueza encomiables, escribe, por ejemplo: «La libertad verdadera no se define por una relación entre el deseo y la satisfacción, sino por una relación entre el pensamiento y la acción» (p. 102); o esta idea con ecos pascalianos: «el pensamiento es, ciertamente, la suprema dignidad del hombre» (p. 126)... Simone Weil insiste hasta la saciedad en la importancia del ser humano, frente al cada vez más imperante pensamiento de lo colectivo, así como en la necesidad de una coherencia de vida, como expresión de esa moralidad que es inherente al hombre. Afirmará una y otra vez que las colectividades no piensan... Le tenía pavor a lo social, por el riesgo que lo social mal encarado conlleva de anulación de la persona. En esta obra apunta también hacia la espiritualidad del trabajo, que desarrollará en lo sucesivo, y que al final de su vida verá como la verdadera solución para Europa.

A finales de 1934, Simone Weil emprende una temporada de trabajo como obrera. Alquiló una buhardilla en un barrio obrero parisino, y allí se fue a vivir, o a malvivir, pues solía cobrar por piezas hechas, y al no ser una persona especialmente ducha para el trabajo manual, no ganaba gran cosa. Pero lo que quería era vivir de su trabajo y experimentar en cuerpo y alma lo que vive cualquier obrero. Escribió su experiencia en su *Diario de la fábrica*, que es un texto desgarrador, lleno de realismo y de sentimientos hondos: «¿Qué he ganado con esta experiencia? —anota— El sentimiento de que no

<sup>5</sup> Simone PÉTREMENT, *La vie de Simone Weil*, Fayard, París, 1997 (2ª), p. 291.

<sup>6</sup> S. WEIL, *Reflexiones sobre las causas de la libertad y de la opresión social*, Paidós, Barcelona, 1995.

tengo ningún derecho a nada (ojo con perderlo). La capacidad de bastarme moralmente a mí misma, de vivir en este estado de humillación latente, perpetua, sin sentirme humillada a mis propios ojos...»<sup>7</sup>. Acabó derrotada, con el alma hecha jirones. Y a poco de terminar esta experiencia habría de vivir un primer encuentro con el cristianismo, muy en la tónica de este sufrir la humillación en carne propia, que acababa de vivir. Fue en los últimos días del verano de 1935, en un viaje que hizo con sus padres por el norte de España y Portugal. En un pueblecito de la costa portuguesa, cuando caía el sol, asistió a una procesión religiosa que la marcaría para siempre. «Las mujeres de los pescadores caminaban en procesión junto a las barcas: portaban cirios y entonaban cánticos, sin duda muy antiguos, de una tristeza desgarradora. Nada podía dar una idea de aquello... Allí tuve la certeza de que el cristianismo era, por excelencia, la religión de los esclavos, de que los esclavos no podían dejar de adherirse a ella, y yo entre ellos»<sup>8</sup>. Se encontró con el cristianismo desde el sentimiento de su miseria; pero a esta vivencia siguieron otras que le descubrirían aspectos distintos, y así se fue configurando su alma cristiana.

Otra de las experiencias cruciales de Simone Weil fue su breve participación en la guerra civil española de 1936. Seguía con tanto interés lo que sucedía en nuestro país, que cuando estalló la guerra no pudo soportar la idea de quedarse en Francia. Se presentó en Barcelona a primeros de agosto, seguida días después por sus angustiados padres. Hacia el 15 de agosto la encontramos en Pina de Ebro (Zaragoza), nada menos que formando parte de la conocida como *columna Durruti*. Pero, por fortuna para ella<sup>9</sup>, un accidente que a los pocos días le causó una quemadura seria en la pierna izquierda aceleró su regreso a Barcelona, y allí encontró a sus pobres padres bastante inquietos. Los tres se quedaron en España hasta finales de septiembre, entre Barcelona y Sitges, donde se había habilitado el hospital. Simone Weil no volvió más a España. De su experiencia, además de su diario, nos dejó un testimonio hermoso: la carta que envió al novelista francés Georges Bernanos. Bernanos trabajaba en Mallorca cuando estalló la guerra; sus hijos se enrolaron en el bando nacional; Simone Weil, como es sabido, en las filas anarquistas. En 1938, Bernanos publicó su particular visión de nuestra guerra «incivil» —como la llamó Unamuno—: *Los grandes cementerios bajo la luna*. Simone Weil devoró el libro, y quiso enseguida escribir a su autor para compartir con él sus propias vivencias; lo hizo con esta carta genial, que, a la muerte de Bernanos, fue hallada en la cartera del escritor, porque, al parecer, la llevó siempre consigo.

<sup>7</sup> S. WEIL, «La condition ouvrière», en *Œuvres complètes*, vol. II, tomo 2, Gallimard, París, 1991, p. 253.

<sup>8</sup> S. WEIL, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 1996, p. 40.

<sup>9</sup> Por fortuna, pues a la mayor parte de sus compañeros de la *columna* los mataron poco después en Perdiguera (Zaragoza).

Tras una cura en Suiza para tratar aquellos atroces dolores de cabeza que solían dejarla impedida, Simone Weil viajó por Italia, entre hermosas experiencias estéticas y espirituales. En Asís tuvo lugar su segundo encuentro con el cristianismo, mucho más luminoso que el anterior. Sobre su sentir profundo en la iglesita de san Francisco, escribe lo siguiente: «Allí, sola en la pequeña capilla románica del siglo XII, Santa María degli Angeli, incomparable maravilla de pureza, donde tan a menudo rezó san Francisco, algo más fuerte que yo me obligó, por primera vez en mi vida, a ponerme de rodillas»<sup>10</sup>. La vivencia cristiana se instala así en su corazón, de una forma puramente existencial, sin haberla buscado ni planteado siquiera como posibilidad...

Al comienzo del curso de 1937, Simone Weil fue enviada a un instituto de Saint Quintin, una pequeña ciudad obrera cercana a París. Pero los dolores de cabeza llegaron a ser tan terribles, que no pudo mantener el ritmo de las clases, y tuvo que dejarlo. Su tercera gran experiencia cristiana advendría durante la Semana Santa y la Pascua de aquel curso escolar, en 1938; solo que esta vez el encuentro no fue tanto con el cristianismo como con el mismo Cristo. Se encontraba en la abadía de San Pedro de Solesmes, cautivada por la belleza de la liturgia, y cuenta que en el transcurso de los oficios «el pensamiento de la pasión de Cristo entró en mí de una vez y para siempre»<sup>11</sup>. También dirá que durante las celebraciones llegó a captar el sentido de la virtud sobrenatural de los sacramentos. Lo relata en la conocida como “Autobiografía espiritual”, que es una carta dirigida al dominico Joseph Marie Perrin<sup>12</sup>. Lo vivido en Solesmes marcó profundamente a Simone Weil, la transformó por entero. Y como escribiría unos años más tarde al poeta Joë Bousquet, en una ocasión, mientras recitaba el poema *Love* de Herbert —poeta inglés del siglo XVII—, sintió presente al mismo Cristo, de manera «más personal, más cierta, más real, que la de un ser humano»<sup>13</sup>. No serían éstas sus únicas experiencias de carácter místico. Y es que en cuanto conoció a Cristo, Simone Weil comprendió que la Verdad estaba en Él, que Él era la Verdad, y el Camino, y la Vida.

Nuestra autora se interesó con entusiasmo por las grandes tradiciones espirituales de la humanidad —llegó a aprender sánscrito para leer los textos de las religiones hindúes, especialmente la Bhagavad Gita—, pero el cristianismo dejaría una impronta particular en ella, aunque no llegara a recibir el bautismo. En muchos de sus escritos expresa que nunca se había sentido ajena a la tradición cristiana. Y en las reflexiones del final de su vida, especialmente cuando en Londres se le encomienda pensar sobre la Europa de después de la guerra, declara que Europa no puede

<sup>10</sup> Simone WEIL, *A la espera de Dios*, pp. 40-41.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 43.

<sup>12</sup> En *A la espera de Dios*, pp. 37-53. La edición española la titula “Autobiografía”, pero las francesas la llaman “Autobiografía espiritual”, y como tal se conoce entre sus estudiosos.

<sup>13</sup> Simone WEIL, «Lettre à Joë Bousquet», en *Œuvres*, Quarto, Gallimard, París, 1999, p. 797.

prescindir de sus raíces cristianas, sin resultar por ello no sólo perjudicada, sino también envilecida, lo mismo que le había escrito en 1937 a Emmanuel Mounier<sup>14</sup>.

Pero pronto llegaría la guerra. Al principio, Simone Weil permaneció inamovible en su pacifismo militante, pero lo abandonó cuando Hitler acometió nuevas conquistas, después de haberse anexionado Checoslovaquia.

A mediados de junio de 1940, los Weil abandonaron París; el día 13, en concreto, la víspera de la declaración de la capital francesa como ciudad abierta. Se dirigieron hacia Nevers, sin equipaje ni nada, sólo con lo puesto; y tras una temporada en Toulouse, mediado el mes de septiembre se instalaron en Marsella. La vida de Simone Weil en Marsella fue muy rica en actividades y en encuentros, y su producción escrita no se quedó atrás. Colaboró con los *Cahiers du Sud* (Cuadernos del Sur) y con los *Cahiers* del grupo *Témoignage Chrétien* (Testimonio cristiano), dos asociaciones de fondo muy diferente, pero de fuerte compromiso con la resistencia. También conoció la realidad de los campos de refugiados, donde vivían gentes llegadas de Indochina, por quienes se desvivió, y cuya situación la llevó a reflexionar sobre la colonización.

Obsesionada por el sufrimiento de los soldados, Simone Weil concibió la creación de un cuerpo de enfermeras que actuarían en primera línea de fuego para ayudar a los heridos de los dos bandos; fue una de sus grandes empresas, y habría de perseguirla hasta el final de su vida, escribiendo a unos, hablando con otros, y proponiéndolo a las más altas instancias administrativas. «El consuelo moral que llevarían a aquellos de quienes se ocupasen sería inestimable. Consolarían las agonías, recogiendo los últimos mensajes que los moribundos querrían transmitir a sus familias, con su presencia y sus palabras, menguarían el sufrimiento del tiempo de espera a la llegada de las camillas...»<sup>15</sup>.

En otoño de 1940 se promulgó el Estatuto de los Judíos, por el que se prohibía ejercer determinadas profesiones a las personas de raza judía. Simone Weil escribió al Ministro de Instrucción Pública para exponerle su caso: «si hay una tradición religiosa que miro como mi patrimonio —le decía—, esa es la tradición católica. La tradición cristiana, francesa, helénica, es la mía; la tradición hebrea me resulta extraña...».

Esta incansable actividad no cesó; Simone Weil tuvo hasta que vérselas con la policía en alguna ocasión porque sospechaban de su militancia en la resistencia. Y su

<sup>14</sup> Véase la traducción de una carta de Simone Weil a Emmanuel Mounier en el nº 100 de *Acontecimiento* (revista del Instituto E. Mounier), pp. 34-37. «Una instrucción en la que no se toque la religión es absurda —escribe Simone Weil—. Por otra parte, igual que en historia se habla mucho de Francia a los niños franceses, es natural que, estando en Europa, si se habla de religión, se trate ante todo el cristianismo». S. WEIL, *L'Enracinement*, Gallimard (Folio), París, 1993, p. 119.

<sup>15</sup> S. WEIL, *Écrits de Marseille (I)*, *Œuvres complètes*, tomo IV, vol. 1, Gallimard, París, 2008, p. 405.

búsqueda espiritual aún se hizo más intensa. Fue durante el verano de 1941 cuando conoció al dominico Joseph Marie Perrin, con quien emprendería largas conversaciones sobre el cristianismo, que fueron tejiendo una amistad profunda. El padre Perrin la pondría en contacto con el filósofo Gustave Thibon, que era también agricultor, porque Simone Weil quería trabajar como obrera agrícola, igual que unos años antes había trabajado en la fábrica. Así que se fue una temporada con la familia de Thibon. Al principio debió de ser muy duro, pues Simone Weil quiso instalarse en una casita medio en ruinas, que estaba en la propiedad de los Thibon, ante el desconcierto de éstos y las complicaciones que aquello suponía. Pero pronto cambiaron las cosas, y llegó a florecer una amistad sólida entre los dos pensadores, muy fecunda en reflexiones religiosas y filosóficas. Junto a Thibon descubrió Simone Weil la belleza del Padrenuestro (que leían en una edición griega de los Evangelios) o las obras de San Juan de la Cruz, que la fascinaron. Y trabajó como vendimiadora en un pueblo vecino, pudiendo así llevar a cabo su deseo de conocer el trabajo agrícola. A Thibon habría de confiarle buena parte de sus escritos (los *Cuadernos de Marsella* y otros) cuando partió hacia América: fue lo que el filósofo publicaría como *La pesanteur et la grâce* (*La gravedad y la gracia*) en 1947.

A lo largo de aquel invierno y durante la primavera que siguió, Simone Weil acudía regularmente a conversar con su amigo dominico; hablaban sobre todo de la situación de ella ante el cristianismo y de su posible bautismo. Pero el dominico fue trasladado a la comunidad de Montpellier, poco antes de que los Weil emprendieran viaje hacia Nueva York en mayo de 1942. Al saber del traslado de su amigo, Simone Weil le obsequió con «uno de los más hermosos regalos que recibí de ella». Sabía del compromiso del padre Perrin con los jóvenes de Acción Católica, porque les había predicado un retiro por entonces; y le ofreció unas reflexiones suyas, ante las que el sacerdote quedó admirado: las «Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares como medio de cultivar el amor de Dios», que había escrito pensando en los jóvenes estudiantes cristianos. Joseph Marie Perrin escribe lo siguiente sobre este regalo de Simone Weil: «Pese a la aparente sobriedad de este texto, podemos imaginar la convicción interior que supone que florezcan estas páginas, escritas junto a otras muchas, en aquellos días, entre los preparativos para la partida, las actividades en la Resistencia (especialmente la difusión de prensa clandestina), y otros trabajos... Me trajo su texto durante uno de nuestros encuentros en la calle Paradis, pero se lo volvió a llevar por distracción, mezclado con otros papeles. Lo encontré en Casablanca, y me lo envió por mediación de Solange Beaumier, como cuenta en su carta del 26 de mayo...»<sup>16</sup>. Este trabajo de Simone Weil es el que se va a destacar a continuación, como muestra de la percepción del cristianismo que tuvo la filósofa francesa. Pero es sólo un botón de muestra entre otros muchos.

---

<sup>16</sup> Joseph Marie PERRIN, *Mon dialogue avec Simone Weil*, Nouvelle Cité, Paris, 1984, pp. 122-123.

Poco antes de abandonar Francia, Simone Weil redactó su «Autobiografía espiritual», ya señalada, dirigida al padre Perrin, donde, entre otras muchas cosas hermosas, escribía: «... He nacido, he crecido y he permanecido siempre en la inspiración cristiana»<sup>17</sup>. Se sentía cristiana, pero algo le impedía dar el paso para entrar en la Iglesia, como si hubiera pensado que tal decisión pudiese alejarla de los seres más desgraciados, que eran su vocación verdadera. Si las cosas fueron así, no quiso correr el riesgo...

Simone Weil y sus padres partieron hacia América el 7 de junio, desde un campo de refugiados de Casablanca, donde el barco que les sacó de Francia hizo una escala de diecisiete días. Nuestra filósofa vivió aquella partida con gran desasosiego y no sin un hondo sentimiento de culpa, pues le parecía estar huyendo de la realidad que vivía su patria —y toda Europa con ella—, y una traición a los suyos. Durante la travesía, trabajó incansablemente en traducciones y comentarios de textos clásicos griegos y en la puesta por escrito de reflexiones sobre temas que la inquietaban. Tanto en el campo de Casablanca como en el barco, sus padres trataban de encontrarle una silla para que pudiera trabajar con algo de comodidad, cosa que no siempre les resultaba fácil. Simone Weil vivía todo aquello con suma urgencia, y sus padres, siempre pendientes de ella, la ayudaban en cuanto podían, conscientes de la personalidad de su hija, de la misión que llevaba a cabo, y del *tesoro* que albergaba en su interior. Ella estaba convencida de que en sus adentros portaba «un arsenal de oro puro, que hay que transmitir»<sup>18</sup>, algo que no le pertenecía, pero que había sido depositado en ella. Y sus padres —su madre, sobre todo— también estaban convencidos de ello. Ciertamente, si consintió en dejar Francia, lo hizo sólo por sus padres.

Nada más llegar a Nueva York, Simone Weil comienza a mover los hilos necesarios para volver cuanto antes a Europa, pero también para que su proyecto de formación del cuerpo de enfermeras de primera línea pudiera ver la luz. Y no abandonaría su búsqueda de la verdad y su indagación acerca del cristianismo, porque quería saber si su pensamiento religioso era compatible con pertenecer a la Iglesia católica; esto la llevó al encuentro con Jacques Maritain o Dietrich von Hildebrand, entre otros, a quienes proponía también su propósito del grupo de enfermeras. Este proyecto lo sometía al parecer de todo el mundo y buscaba desesperadamente emprenderlo, porque ella se veía también ahí, atendiendo a los heridos de los dos bandos. Maritain la remitió al padre Couturier, dominico, a quien poco antes de partir hacia Londres dirigiría la conocida como «Carta a un religioso»<sup>19</sup>, y a quien habría de confiar la

<sup>17</sup> Simone WEIL, *A la espera de Dios*, p. 38.

<sup>18</sup> Véase Simone PÉTREMENT, *La vie de Simone Weil*, op. cit., p. 688. «...Pero la experiencia y la observación de mis contemporáneos me persuaden cada vez más de que no hay nadie para recibirlo», escribe a continuación.

<sup>19</sup> Este texto ha sido publicado en español como libro: *Carta a un religioso*, Trotta, Madrid, 1998.

formación religiosa de Alain, el hijo de Éveline –la mujer de su hermano–, así como la de su sobrina Sylvie, que nació por aquellas fechas. Pero todas estas cuestiones que tanto la inquietaban no la aislaron un ápice de la nueva realidad en la que ahora vivía; y así, los domingos solía asistir a las celebraciones litúrgicas en una iglesia baptista en Harlem, se interesaba ardientemente por la situación de los negros, y no dejaba de indagar en las raíces del folklore de aquella parte de América.

El 10 de noviembre, Simone Weil dejaba los Estados Unidos de América. Logró un pasaje hacia Europa en un carguero sueco, y llegó a Liverpool unos quince días después. Una vez en Londres, la dirección de interior de *Francia Libre* la contrató como redactora para revisar proyectos y textos, y sobre todo para que pensara en soluciones para la Francia –y la nueva Europa– que había que construir tras la guerra. Ella seguía velando por su misión de enfermeras en el frente, y su propio desasosiego por la situación haría que el general De Gaulle la tratase de loca, aunque los miembros de la resistencia bien sabían de su valor, de su inteligencia y de su extremada lucidez intelectual y moral. Por eso, el gran fruto de su trabajo en Londres fue una obra magistral que quedó inacabada: *L'Enracinement* –el Arraigo–, que tiene como subtítulo *Preludio a una declaración de los deberes hacia el ser humano*<sup>20</sup>, y que bien podría ser hoy un material precioso para reflexionar sobre nuestra Europa desmembrada y presa de un desarraigo creciente. De él llegó a decir Albert Camus que era un verdadero «tratado de civilización», y en él constan «las necesidades del alma», la concepción weilliana del hombre y de las sociedades, donde brilla una defensa absoluta del carácter sagrado de toda persona.

Simone Weil trabajaba sin descanso, con aquella urgencia interior que la apremiaba sin darle tregua. Su actividad concienzuda y urgente no la impediría, sin embargo, dedicarse a los demás, como lo muestran testimonios como el de Mrs. Francis, su patrona, que vivía en un barrio pobre de Londres, y cuenta cómo Simone dedicaba mucho tiempo a ayudar a sus hijos en las tareas escolares. Y tantos otros.

Desde que empezó la guerra, Simone Weil dormía en el suelo y comía mal: se empeñó en no ingerir más alimento que el que suponía que tomaría un soldado en el campo de batalla, y en dormir sin comodidad alguna, como los más desfavorecidos, los que sufrían más aquel desastre. Un día de primavera, a mediados de abril, fue hallada inconsciente en su cuarto y la ingresaron en el hospital Middlesex. Tenía tuberculosis. Desde el hospital escribía a sus padres como si tal cosa, sin decirles nada de su enfermedad, para no inquietarlos. Allí se quedó hasta mediados de agosto, que fue cuando la trasladaron a un sanatorio del condado de Kent. El lugar era muy hermoso, y estaba encantada en aquella habitación con vistas al campo; pero su debilidad era

<sup>20</sup> Se ha traducido al español como *Echar raíces*, en la editorial Trotta (Madrid, 1996).

extrema. Su vida iba apagándose, y se apagó del todo un 24 de agosto por la noche. La enterraron en el cementerio nuevo de Ashford el 30 de agosto, en la zona reservada a los católicos. Sólo había siete personas en aquella despedida. El sacerdote no pudo llegar a tiempo porque se confundió de tren.

Esta introducción tiene su porqué en la importancia que cobra en Simone Weil la total armonía –tan rara de hallar– entre el pensamiento y la vida. No pretendió elaborar ningún tratado filosófico, mas hoy nos encontramos con diez volúmenes ya publicados de sus Obras completas, y seis o siete más en preparación<sup>21</sup>. Con todo, en sus escritos hallamos gran coherencia y cierta sistematicidad, reconocidas por muchos estudiosos, como lo muestran trabajos como *La métaphysique religieuse de Simone Weil*, de Miklos Vetö, quien frente a tantas consideraciones sobre los escritos weilianos como aforismos deshilvanados o escritura fragmentaria, afirmaba ya en 1971, a los 28 años de la muerte de la filósofa, que «a pesar del caos aparente, el pensamiento de Simone Weil es un todo coherente, y nuestra sola pretensión [la que persigue en la citada obra] es la de descifrar sus conexiones orgánicas»<sup>22</sup>. Y tantas obras como se han venido publicando desde entones. Pero el objetivo de este artículo es presentar a esta mujer íntegra y ofrecer unas pinceladas de su pensamiento en alguno de los consejos que dio a los cristianos, por el valor y la riqueza que contienen y porque pueden servirnos en nuestra vida de hoy, tan falta de referencias y de faros de luz clara.

Se trata de considerar la hondura que la noción de *atención* tiene en esta filosofía, como si fuera el *organon* de dicho pensamiento, y de recordar a los lectores el contenido de un libro que muchos conocerán: *A la espera de Dios*<sup>23</sup>, publicado gracias al interés y el cuidado de Joseph Marie Perrin, en 1950. La atención es para Simone Weil un instrumento necesario para una vida en plenitud; pero, ¿de qué atención se trata? ¿De cualquier atención? Bertrand Saint-Sernin, otro estudioso de la filosofía weiliana, la describe como «este acto perfecto del pensamiento y del corazón, por el cual un ser se encuentra a la vez desposeído de él mismo y arraigado en otra realidad diferente, ya sea el universo o Dios»<sup>24</sup>.

Volviendo a los últimos días de Simone Weil en Marsella, recordamos el mencionado escrito que regaló a su amigo dominico Josep Marie Perrin, cuando fue trasladado a la comunidad de Montpellier. El padre Perrin trabajaba con los jóvenes de Acción Católica, y solía acompañarles en sus retiros. Simone Weil le ofreció estas

<sup>21</sup> Es la editorial Gallimard la que se encarga de la publicación de las *Œuvres complètes*. Fue Albert Camus, quien comenzó a editar la obra de Simone Weil, en la colección Espoir de esta misma editorial.

<sup>22</sup> VETÖ, Miklos, *La métaphysique religieuse de Simone Weil*, París, L'Harmattan, 1997 (1ª edic. en 1971), p. 11.

<sup>23</sup> Las «Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares...» son un capítulo de *A la espera de Dios*.

<sup>24</sup> Bertrand SAINT-SERNIN, *L'action politique selon Simone Weil*, Éd. Le Cerf, París, 1988, p. 96.

«Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares como medio de cultivar el amor de Dios», con toda sencillez, pensando quizás en que le podrían valer para otros retiros o como consejos que podrían orientar a los jóvenes estudiantes. Lo cierto era que Simone Weil tenía un verdadero interés por los demás, y era incapaz de guardar para sí misma cuanto hacía o escribía, porque no lo hacía, desde luego, para ella. Y con este espíritu humilde, compartió con el sacerdote estas reflexiones hermosas que aquí proponemos, y que son un verdadero tratado sobre la atención.

«La clave de una concepción cristiana de los estudios radica en que la oración está hecha de atención. La oración es la orientación hacia Dios de toda la atención de que el alma es capaz». «Los ejercicios escolares desarrollan, claro está, una parte menos elevada de la atención. Sin embargo, son plenamente eficaces para incrementar la capacidad de atención en el momento de la oración, a condición de que se realicen con este fin y solamente con este fin». Y añade: «Aunque hoy en día parezca ignorarse este hecho, la formación de la facultad de atención es el objetivo verdadero y casi el único interés de los estudios».

«Nunca un verdadero esfuerzo de atención se pierde. Siempre es plenamente eficaz en el plano espiritual y, por consiguiente, lo es también por añadidura en el plano inferior de la inteligencia, pues toda luz ilumina la inteligencia». Porque, por ejemplo, «si se busca con verdadera atención la solución de un problema de geometría y si, al cabo de una hora, no se ha avanzado lo más mínimo, sí se ha avanzado, sin embargo, durante cada minuto de esa hora, en otra dimensión más misteriosa. Sin sentirlo, sin saberlo, ese esfuerzo, en apariencia estéril e infructuoso, ha llevado una luz hasta el alma. El fruto se encontrará algún día, más adelante, en la oración. Y también se encontrará, sin duda, en un dominio cualquiera de la inteligencia, acaso ajeno por completo a las matemáticas».

Subraya Simone Weil la importancia de la fe en todas estas cuestiones: es necesario tener fe, y «el mejor apoyo de la fe —escribe— es la garantía de que si pedimos pan al Padre, no nos dará piedras». Y «al margen incluso de toda creencia religiosa explícita, cuantas veces un ser humano realiza un esfuerzo de atención con el único propósito de hacerse más capaz de captar la verdad, adquiere esa mayor capacidad, aun cuando su esfuerzo no produzca ningún fruto visible». Lo ilustra con este pequeño cuento esquimal: «El cuervo, que en la noche eterna no podía encontrar alimento, deseó la luz, y la tierra se iluminó». O con el ejemplo de san Jean Marie Vianney, el cura de Ars: «Los esfuerzos inútiles realizados por el cura de Ars durante largos y dolorosos años para aprender latín aportaron sus frutos en el discernimiento maravilloso que le permitía percibir el alma misma de los penitentes detrás de sus palabras e incluso detrás de su silencio».

«Es preciso, pues, estudiar sin ningún deseo de obtener buenas notas, [...] de conseguir algún resultado escolar, [...], aplicándose por igual a todos los ejercicios, en

el pensamiento de que todos sirven para formar la atención que constituye la sustancia de la oración. [...] Poner en los estudios esta única intención, con exclusión de cualquier otro fin, es la primera condición para su buen uso espiritual. La segunda condición es obligarse rigurosamente a mirar de frente, a contemplar con atención, durante largo rato, cada ejercicio mal resuelto, en toda la fealdad de su mediocridad, sin buscar ninguna excusa, sin desdeñar ninguna falta ni ninguna corrección del profesor, tratando de remontarse al origen de cada error. Es grande la tentación de hacer lo contrario, de echar sobre el ejercicio corregido, si es deficiente, una mirada oblicua y olvidarlo enseguida». «Así puede adquirirse –añade poco más adelante–, sobre todo, la virtud de la humildad, tesoro infinitamente más precioso que todo progreso escolar. A este respecto, la contemplación de la propia estupidez es quizá más útil incluso que la del pecado. La conciencia de pecado proporciona el sentimiento de ser malo, lo que puede dar ocasión al desarrollo de un cierto orgullo. Cuando uno se obliga por la fuerza a fijar la mirada de sus ojos y de su alma sobre un ejercicio escolar estúpidamente resuelto, se siente con evidencia irresistible la propia mediocridad. No hay conocimiento más deseable. Si se llega a conocer esta verdad con toda el alma, uno se establece firmemente en el verdadero camino».

«Si se cumplen estrictamente esas dos condiciones, los estudios escolares son un camino hacia la santidad, tan bueno como cualquier otro. Para cumplir la segunda, basta con quererlo. No ocurre lo mismo con la primera. Para saber cómo prestar atención, hay que saber cómo hacerlo». Y explica Simone Weil que la atención no consiste en ningún esfuerzo muscular o físico, que es el que se lleva a cabo en muchos casos cuando se pide que se preste atención; tal esfuerzo resulta completamente estéril, al hacer creer que se ha trabajado; es la voluntad la que realiza ese esfuerzo que «hace apretar los dientes», y aunque la voluntad es el arma del aprendiz en el trabajo manual, no sucede igual en el intelectual, puesto que para la autora «la inteligencia no puede ser movida más que por el deseo». Y para que haya deseo –dirá– es necesaria la alegría: «la inteligencia crece y proporciona sus frutos solamente en la alegría. La alegría de aprender es tan indispensable para el estudio como la respiración para el atleta. Allí donde está ausente, no hay estudiantes, tan sólo pobres caricaturas de aprendices que al término del aprendizaje ni siquiera tendrán oficio».

Pero la atención no deja de ser un esfuerzo, puede que el más grande de todos; sin embargo, es un esfuerzo que no conlleva fatiga; y cuando ésta se deja sentir, la atención a duras penas es posible. «Veinte minutos de atención intensa y sin fatiga valen infinitamente más que tres horas de esa dedicación de cejas fruncidas, que lleva a decir con el sentimiento del deber cumplido: “he trabajado bien”».

La atención es difícil, muy difícil. «Hay algo en nuestra alma –escribe Simone Weil– que rechaza la verdadera atención, mucho más violentamente de lo que la carne rechaza el cansancio. Ese algo está mucho más próximo del mal que la carne. Por eso,

cuantas veces se presta verdadera atención, se destruye algo del mal que hay en uno mismo. Si la atención se enfoca en ese sentido, un cuarto de hora de atención es tan valioso como muchas buenas obras».

Pero, entonces ¿en qué consiste la atención? Para Simone Weil consiste «en suspender el pensamiento, en dejarlo disponible, vacío y penetrable al objeto, manteniendo próximos al pensamiento, pero en un nivel inferior y sin contacto con él, los diversos conocimientos adquiridos que deban ser utilizados. Para con los pensamientos particulares y ya formados, la mente debe ser como el hombre que, en la cima de una montaña, dirige su mirada hacia delante y percibe a un mismo tiempo bajo sus pies, pero sin mirarlos, numerosos bosques y llanuras. Y sobre todo la mente debe estar vacía, a la espera, sin buscar nada, pero dispuesta a recibir en su verdad desnuda el objeto que va a penetrar en ella». Simone Weil explica que cuando se comete un absurdo o un error, en el campo que sea, muchas veces es por precipitación: el pensamiento se adelanta y se atolondra, y queda lleno de ese embotamiento que ya no deja espacio a la verdad. «La causa –escribe– es siempre la pretensión de ser activo, de querer buscar», y así suele suceder muy a menudo. Y es que «los bienes máspreciados no deben ser buscados, sino esperados. Pues el hombre no puede encontrarlos por sus propias fuerzas y, si se pone en su búsqueda, sólo encontrará en su lugar falsos bienes cuya falsedad no sabrá discernir».

«La solución de un problema de geometría no es en sí misma un fin valioso, pero también se le aplica la misma ley, pues es la imagen de un bien que sí lo es. Siendo un pequeño fragmento de verdad particular, es una imagen pura de la Verdad única, eterna y viva, esa Verdad que, con voz humana, dijo un día: “Yo soy la Verdad”». Por eso, así planteado, para Simone Weil «todo ejercicio escolar se asemeja a un sacramento».

Simone Weil insiste en la importancia de enseñar este método a todos los estudiantes, según la manera en que se relacione con cada ejercicio y cada campo del saber. Y afirma que a los jóvenes que aman a Dios conviene enseñarles a parecerse al esclavo del Evangelio, que vela y está junto a la puerta esperando a que regrese su señor, porque a su llegada, «el señor sentará al esclavo a la mesa y él mismo le servirá de comer». Pues es la atención, esa espera anhelante, lo que provoca en el señor tal derroche de ternura: «Lo que fuerza al señor a hacerse esclavo [...] es únicamente la vigilia, la espera y la atención».

Quienes practican esta atención de corte más intelectual no es que estén más cerca de Dios que los obreros o los trabajadores del campo, sino que, para Simone Weil, lo están de otra manera. Estos últimos «poseen esa cercanía de Dios, de sabor incomparable, que yace en el fondo de la pobreza, de la ausencia de consideración social y de los sufrimientos largos y constantes. Pero consideradas las ocupaciones en sí mismas, los estudios están más próximos a Dios a causa de esa atención que